

nos desalado, cuanto menos tempranas son las complexiones. Siendo el flemático propio del niño, el sanguíneo del mozo, el bilioso del varon, y el melancólico del anciano, claro está que las complexiones análogas á la vejez deben desarrollarse antes que las otras.

En quinto y último lugar, vemos que las castas humanas tienen complexiones y modos de vida que les son peculiares. Así es que el negro jóven, aunque naturalizado en Francia desde su nacimiento, en igualdad de circunstancias, es púber antes que un Francés, y pudiendo enjendrar antes que nosotros, vive jeneralmente menos. El Calmuco, el Siberiano de casta mogola, aunque de climas aun mas frios que la Suecia, son con todo púberes ó mozos á la edad de trece á catorce años, cuando el Sueco lo es apenas á los diez y seis ó diez y ocho. Estos hechos constan por las relaciones de todos los viajeros que visitaron aquellos paises. Las Samojedas y Laponas ven fluir su menstroo desde la edad de doce á trece años, al paso que las de otra casta situadas mas cerca del ecuador, como las Francesas, las Alemanas, las Inglesas, etc., no son casaderas hasta mas tarde. De lo dicho resulta que cada casta humana tiene una naturaleza que le es peculiar, que la una puede quedar cabal antes que la otra, prescindiendo de las influencias comunes á cada una de ellas, tales como el clima, los alimentos, los temples, etc. Además de las espresadas diferencias, advertiránse otras en el contexto de esta historia de nuestra especie.

ARTICULO TERCERO.

DIFERENCIA ENTRE EL SEXO MASCULINO Y EL FEMENINO.

Aunque la pubertad no esté completa entre nosotros sino hácia la edad de diez y seis ó diez y siete años, prepárase ya al trasponer la infancia el medio de los órganos sexuales. Hácia la primera semana de años, ó á los siete, cuando la mutacion de los dientes de leche, empiezan á marcarse las facciones en ambos sexos. Los niños manifiestan aficion á los juegos varoniles; apetece el ruido y el movimiento; son ya desde entonces pendencieros; quieren ser mas forzudos, mas osados y valientes que sus compañeros; hacen armas de madera, corren, saltan y se ejercitan; pero las niñas anteponen ya desde aquella época las tareas sosegadas á que las destinó la naturaleza; visten sus muñecas, las arrullan, las atavian, preparándose de esta suerte y muy de antemano para la época del casamiento. Desde su edad ternzuela se encariñan afectadamente, se atienen al dictámen de los hombres, y aspiran ya á mostrarse amables. Los niños, al contrario, anhelan el aprecio de su pujanza y denuedo; tienen ya desde entonces presencia mas varonil, carácter mas arrojado, la tez mas empañada y el mirar mas intenso que las niñas. Tambien empieza á despuntar el instinto sexual, aunque en corto grado, y como mera curiosidad; los niños de ambos sexos,

á la edad de ocho ú nueve años, se particularizan y examinan á veces entre sí, y se ocultan para disfrutar ciertas intimidades que, si bien inocentes todavía y sin objeto fijo, les parecen ya reprehensibles. Al mismo tiempo que la naturaleza provoca de esta suerte en el hombre el impulso sexual, dale por moral contrapeso el preciosísimo rubor, virtud que no se echa de ver en los animales, y que ciertamente no es efecto de los convenios sociales de nuestra especie; puesto que en toda la tierra, así entre los salvajes, como entre los hombres civilizados, acompaña constantemente el acto de la jeneracion, y por lo comun no puede realizarse el coito en presencia de testigos.

Hácia la segunda semana de años, apunta interiormente en los jóvenes de ambos sexos cierto desasosiego; sus conceptos reciben un baño desconocido de sensibilidad; su alma, arrebatada por un impulso de dolor y de afectuoso placer, se enajena en desvariado embeleso; su cabeza se puebla de ilusiones, y sus tareas diarias les son indiferentes y aun odiosas; pronto les acongoja la sociedad humana; intérnaseles triste y apacible melancolía que los atrae á la soledad, á la sombra de los bosques, en donde pueden vagar sus deseos por toda la naturaleza sin acertar á fijarse en objeto alguno; entonces corren muchos á emparedarse en los monasterios, en donde encuentran en breve tiempo el arrepentimiento y el desencanto. Las doncellas especialmente experimentan estos íntimos vaivenes, y aspiran á los delirios solitarios y al sosiego de los desiertos.

Las peleas de la naturaleza y del rubor, la melancolía de los corazones tiernos, las especies religiosas confundidas con todo lo que constituye el embeleso de la vida, y por último el desvarío de la razon en las almas tiernas é inocentes, han poblado en todos tiempos los monasterios de novicios que se dedican al servicio de los altares. Esta época borrascosa es aun mas señalada y duradera en las doncellas que en los mozos, por estar dotadas de un sistema nervioso mas móvedizo y sensible.

El primer efecto de la pubertad ó del delirio del amor es el deseo de vivir en la castidad; contradiccion singular, y de donde nace sin embargo el cariño moral. Los jóvenes se imaginan amar con tanto desinterés, que darian su sangre y su vida por el objeto que adoran; jamás les ocurre el logro, que es el paradero, aunque oculto, del primer amor. Quisieran no existir sino por el objeto amado; basta su nombre para conmoverles el corazon; su presencia sola turba el entendimiento y altera la voz; el mero contacto de sus vestidos les hace hervir la sangre en las venas; y se han visto jóvenes que en estos casos fueron repentinamente acometidos de hemorragias. El afan del logro parece que va á mancillar al dueño de nuestra existencia; en efecto, pasado el deleite, desvanécense todas las ilusiones; no experimentamos ya el mismo cariño; no amamos ya sino por un placer brutal, por un instinto enteramente físico; disipado el embeleso, no miramos las mujeres sino como instrumentos de placer sensual; una vez desvanecido el hechizo, no vuelve ya jamás con el mis-

mo incentivo; nunca el segundo cariño iguala al primero, y con el desengaño, miramos este último como soñada demencia. Los jóvenes que gozan desde muy temprano y antes de experimentar este amor moral, no conocen del deleite mas que la hez, y casi siempre estragan su corazón y su alma. Lo mismo sucede con las doncellas; aunque al principio son mucho mas reservadas que los mozos; y cuanto mas sensibles, mas se recatan, dejando con todo aparecer algunas señales de su amor.

Este momento de la vida ofrece en lo moral una gradacion singular que no se nota en ninguna otra época de la existencia humana. El efebo ú adolescente es á un mismo tiempo desahogado como el niño, y poco despues medroso y vergonzante como la delicada vírjen; tiene la osadía de un criaduelo y la ternura de una fervorosa novicia. Ora es un *querubin* retozon, ora un Hipólito delirante y selvático; no es hombre todavía, pero ya no es niño. Hierven por lo íntimo de su corazón mil anhelos inconexos, una urjencia indefinible de felicidad, sorda fermentacion, anuncio de las tormentas de las pasiones; lloros sin causa, alegrones disparados, mil proyectos á bulto, suspiros todavía sin objeto; todo revela el íntimo alboroto y la revolucion fundamental de los órganos, manantial de las mas deliciosas, al par que de las mas funestas sensaciones de la vida.

Cuando este período queda descabalado, ó cuando una organizacion endeble y pausada encoje los asomos de la mocedad, el efebo ú adolescente se opila

y desfallece, cayendo en la clorosis, y vejetando durante algun tiempo en triste apatía. En este caso, conviene entonar los órganos, y principalmente los del bacinete, con los vaivenes de un ejercicio mas ó menos violento, de los viajes, de la caza y de la esgrima; los alimentos estimulantes y corroborantes abultan de suyo los órganos sexuales: para acabar el miedo, hay autores que se empeñan en escitar el prurito venéreo con la union sexual: sin embargo, este medio nos parece sobrado espuesto, y lo consideramos como un destronque en los arranques de tan tierna edad; y pruébalo el que la naturaleza, al predisponer el efebo al amor, le infunde sumo encojimiento junto al sexo encontrado. Fuera de esto, es constante que toda mujer desahogada que se arroja á desflorar una juventud ardiente é inconsiderada; todas aquellas, digo, que se desalan por los asomos de la mocedad, quedan luego justísimamente aborrecidas y despreciadas por el mismo á quien dieron la primera leccion de amor.

Aristóteles, que ya en su tiempo habia observado este hecho (1), procura explicarlo, diciendo que los mozos las han por lo comun con mujeres públicas ó de edad algo avanzada. Una vez consumado el acto, se les retrata con toda su fealdad y torpeza, y no se acuerdan sino con asco de tan grosero deleite. Sin embargo dicho filósofo anda, á nuestro ver, mas acertado, cuando para explicar este hecho, espone que, estando el cuerpo imperfectamente formado en aquella época, debe sumirse despues del

(1) *Problemas*, secc. iv, probl. ii.

coito en la debilidad y abatimiento; y de ahí es que el efebo mira con horror á la persona que le redujo á tan triste estado.

Por lo que hace á la muchacha, tampoco es sensual su amor, pues siempre empieza con el platonismo; pero se aficiona mas al hombre á quien dió su primera flor que el hombre á la mujer. Tal es el orden de la naturaleza; el mas débil, que necesita amparo, debe arrimarse al mas fuerte para que se lo dé.

Segun Julio César, no podian los mozos, entre los Jermanos y demas bárbaros, entregarse á la inclinacion de los sexos antes de haber llegado á la edad de veinte años, so pena de infamia. Con razon atribuye aquel gran Capitan á esta continencia la robustez y alta estatura de aquellos pueblos sencillos; al paso que las naciones civilizadas y disolutas bastardean palpablemente por el roce anticipado de los sexos. Así es como la naturaleza por sí sola infunde leyes de moral, porque propende á la perfeccion de los séres.

Admirable es por cierto el instinto de la naturaleza, que ofrece los arranques del cariño embozados en aversion y enemistad: la muchacha huye para que la estrechen, y retrocede cuando el jóven se retira; aparenta aborrecer al que ama y encariñarse con el que desvía; cuanto mas contrasta su propension, tanto mas se dispara su ímpetu; nunca ama tan intensamente como cuando desdeña: en efecto, el cariño fallece cuando se franquea sin reparo, y solo alcanzan á inflamarlo los tropiezos del rubor. Tal

sistema era absolutamente indispensable para la conservacion de la especie humana; pues como el hombre no puede enjendrar sino en ciertos momentos, y la mujer está dispuesta á todas horas, fuerza es que el primero solicite, y que la segunda aparente desvíos para aguijar mas y mas el deseo. Si, mediante una disposicion contrapuesta, hubiese solicitado la mujer, y no hubiese el hombre podido desentenderse, pronto hubiera quedado exhausto y desainado, y no hubiera el jénero humano subsistido largo tiempo. Entre los irracionales, parece que la hembra se rinde al macho á pesar suyo, especialmente en las especies polígamas, para avivar su ardor. En la especie del gato, la hembra es quien solicita al macho, pero como este no siempre accede á los deseos de aquella, resulta que la correspondencia entre sus sexos es la misma que entre los de la especie humana, aunque en orden inverso.

Las mudanzas que se verifican en lo moral de los individuos en la época de la pubertad son forzosa consecuencia de las que se entroncan con la constitucion física. En el infante, las funciones vitales distribuidas en los órganos de la nutricion y en los sistemas celular y linfático, se dirijen todas al medio jeneral; esta propension vital se desvía al asomo de la pubertad; los conatos de la vida se agolpan al sistema glanduloso, y con especialidad á los órganos sexuales que le competen. Este traspaso de impulso vital se ejecuta por medio de undulaciones nerviosas, que al principio vagan al parecer por toda la economía animal, y propenden á entroncarse

en un centro comun. De ahí nacen aquellos frecuentes desbarros del entendimiento, aquellos antojos, aquellas manías tan reparables en aquella época, particularmente en las doncellas. Las fuerzas sensitivas trasladadas á las partes jenitales las despiertan de su dilatado letargo y las arrebatan violentamente. Entonces es cuando sentimos pesadez en los lomos, jeneral entorpecimiento; confuso desconcierto enajena toda la máquina; puéblase el empeine, crece el pene, y abúltanse rápidamente los testículos. En algunos individuos se hallaban estos internados durante la niñez por la cavidad del bajo vientre; pero siempre salen repentinamente en la época de la pubertad. En las muchachas se hinchan las ninfas, las cuales se ponen encarnadas y muy sensibles; asoma el clítoris, estiéndese la membrana del hímen, el canal de la vajina se hace dilatado y adquiere vivísima sensibilidad; por fin la matriz recibe suma actividad, con la sangre que se le agolpa, la cual determina una plétora particular, que se desahoga una vez al mes. Los órganos sexuales machos y hembras descuellan á la vez; entran jeneralmente en estado de ereccion, y experimentan el afan venéreo. Durante la niñez, se hallaban en un *mínimo* de vida, y llegados á la pubertad, reciben un *máximo* de la misma: desde entonces se sobreponen á todo, é influyendo jeneralmente en la economía animal, se convierten en foco perenne de vital actividad, que echa profundas raíces en todo el cuerpo.

En efecto, el agolpamiento de la sangre á las partes jenitales, recargado con el aumento de pujanza,

produce en ellas un estado de irritacion y calor, que promueve la secrecion del sémen, y este humor embebido en la economía animal la refuerza sobremanera. Á veces se ven jóvenes que crecen repentinamente algunas pulgadas, abultándose sus formas musculares, por decaer su tejido celular, á causa de la disminucion de su propia actividad; ensánchase su pecho, y su respiracion se dilata (1). Los órganos de la voz experimentan una mudanza notable, porque los músculos de la glótis reciben un recargo particular, que vuelve el doble mas graves los sonidos, los cuales bajan una octava.

En esta misma edad asoman pelos en los sobacos y en el pecho, y cúbrese el cuerpo de una vellosidad mas ó menos densa, segun las complexiones. Despues crece la barba en los hombres, hácia los veinte y un años, y aun antes. En la mujer se abultan crecidamente los pechos, y se endurecen y casi macizan; el pezon se pone mas grueso y encarnado, y adquiere delicada sensibilidad.

De resultas de la pubertad recrecen tambien ciertas funciones vitales, y menguan otras en proporcion, verificándose un traspaso de vitalidad de un sistema de órganos á otro aparato orgánico. Goza-

(1) A veces no puede verificarse esta dilatacion del pecho, especialmente en los individuos débiles, ó en aquellos que desde muy temprano abusan de sus facultades jenerativas. Tal es el origen de aquellas enfermedades del pecho, tan comunes en esta época, especialmente en las ciudades, en donde las buenas costumbres ejercen desgraciadamente poco imperio sobre los jóvenes.

mos dos especies de vida: 1º. la de nutrimento ú vejetacion, que jamás se interrumpe, y que subsiste en medio del sueño; 2º. la de relacion esterna, ó de las facultades motrices y sensitivas, que solo obra durante el desvelo, y se suspende periódicamente con el sueño. La primera es la vida interior, y la exterior la segunda.

En la infancia es mas activa la vida interior, pero al asomo de la pubertad prepondera luego la vida exterior. Siendo muy activos en los niños los órganos de la vida nutritiva, como son las vísceras del bajo vientre, el estómago, el hígado, el tejido celular, el sistema linfático, opéranse en ellos con rapidez el nutrimento y asimilacion; casi siempre tienen apetito, su vientre se hincha y redondea; su constitucion es pastosa, gorda y linfática; pero los órganos de la vida exterior permanecen flojos é imperfectos; de ahí es que sus músculos son aun sobrado endeblés, y muy delicadas sus fibras; sus brazos y piernas permanecen cortos á proporcion del tronco; su voz es aguda; sus sentidos escasean de alcances y de impresiones profundas; duermen mucho, y su razon tarda en despejarse. En la época de la pubertad se vigorizan y abultan los músculos; las fibras se cuajan con mayor consistencia; los brazos y las piernas crecen con sus músculos; la voz embronquece; los sentidos se dilatan, se despejan y sensibilizan; el sueño mengua, el ingenio se enardece y esplaya repentinamente.

Cuando la vida trasciende así á los órganos motores y sensitivos, se apoca en los órganos asimila-

dores y nutritivos: en efecto, el tejido celular y el sistema linfático ú absorbente amainan en su pujanza cuando llega la mocedad; allánase el vientre, el hígado y el timo se desabultan, la dijestion se entorpece, mengua el apetito; las muchachas experimentan entonces dolores de estómago y acedios, de donde traen su orijen el color de opilada y los antojos, enfermedades en las cuales el gusto estragado apetece estravagancias. La mayor parte de las muchachas opiladas ó de color amarillento se abalanzan á mascar sal, yeso, pelos, carbon, lacre, etc., ó tragan vinagre y otras muchas materias ajenas de todo nutrimento. Este descarrío del gusto procede de endeblez del estómago y de las entrañas nutricias, puesto que se ataja con específicos entonadores ó corroborantes, como los óxidos de hierro, (*æthiops martial*), la quina, los amargos, etc.

Así pues, la vida de nutrimento y asimilacion mengua en la época de la pubertad, tanto como recrece en los órganos motores y sensitivos. El púber, parangonado con el impúber, tiene la voz alta, el mirar altivo, el andar firme, los músculos cuadrados, los miembros robustos, las mejillas encarnadas, la barba poblada, el cutis atezado, el entendimiento despejado y trascendental, el aspecto brioso, y arranques ardientes y generosos; al paso que el impúber despide una voz aguda, tiene el mirar bonancible, el andar caido, formas cuajadas, miembros flexibles, mejillas abotagadas, barba lampiña, tez blanca y tierna, espíritu liviano y débil, aspecto afeminado, é impulsos apocados. Vese por lo es-